

La batalla del Granico conserva el nombre del rio, por que se dió, como hemos dicho, mitad en el agua, mitad en la tierra. Pues bien, en el gran mosaico no hay rastro del mas pequeño arroyuelo.

El guerrero vencido no puede ser Mitridates, puesto que el primer golpe que le dió Alejandro en el costado, no produjo efecto, y hasta el segundo no le atravesó el héroe macedonio el rostro. Pues el caballero moribundo tiene, por el contrario, su rostro completamente sano, pero el disgusto de tener el costado atravesado de parte á parte.

En el momento en que Alejandro heria á Mitridates, Rosaces, como hemos dicho, se disponia á herirle á su vez. En el gran mosaico el gefe vencedor va seguido de sus soldados y no hay Rosaces, como no hay Granico. Por otra parte, dice el historiador, el hachazo dió en el casco de Alejandro, y el gefe vencedor tiene la cabeza descubierta.

Alejandro se recordará que tenia dos heridas : la que le habia hecho Rosaces, y la que le hizo Mitridates. Pues el gefe vencedor es, por el contrario, perfectamente invulnerable, y no se ve ninguna señal de sangre en sus vestidos. La coraza de Alejandro, segun refiere Diodoro de Sicilia, estaba abierta en dos sitios. Pues la coraza del gefe vencedor está perfectamente intacta. En fin, el mismo historiador dice que el escudo de Alejandro, el mismo escudo que cogió en el templo de Minerva, estaba marcado con tres terribles golpes que Alejandro recibió en la pelea. Pues bien, el gefe vencedor ni aun tiene escudo.

No es, pues, la batalla del Granico.

XVI

EL GRAN MOSAICO

Continuemos nuestras refutaciones.

« Il signor Antonio Niccolini asegura que era la batalla de Arbellas. »

Probemos que no es la batalla de Arbellas, como no es la batalla del Granico.

Arbellas es el Marengo de Alejandro. Los carros con hoces de los persas, y la terrible carga que dió su caballeria, pusieron en fuga á los macedonios, cuando el vencedor de Issus y del Granico, se lanzó al encuentro de Dario, que peleaba á la cabeza de los suyos, y de un golpe dirigido al rey de los persas, mató á su cochero. Este golpe fué un flechazo, segun dicen Plutarco y Diodoro de Sicilia; otros historiadores dicen un lanzazo. Pero es lo cierto que cual-

quiera que fuese el arma, cayó el cochero, y los persas, creyendo que era su general el que estaba herido de muerte, decayeron de ánimo y emprendieron inmediatamente la fuga. Entonces fué cuando no pudiendo dar vuelta el carro de Dario á causa de la multitud de cadáveres amontonados á su rededor, el rey de los persas saltó sobre una yegua, y como en la batalla de Issus, huyó y desapareció al punto en medio del polvo que se levantaba bajo las ruedas de los carros y los piés de los camellos y elefantes, no deteniéndose, dice Plutarco, sino cuando puso el desierto entre él y su vencedor.

La victoria de Arbellas se decidió, pues, por el cochero de Dario, que cayó del carro y con su caída puso espanto á los persas. El cochero del mosaico está en pié, y por el modo como sacude á los caballos, es probable que saldria de la pelea sano y salvo.

La victoria de Arbellas fué notable sobre todo por la encarnizada lucha de las dos caballerías enemigas. Arriano afirma que esta lucha fué tan encarnizada, que los caballeros se cogian por el cuerpo y caian abrazados á los piés de sus caballos. Entre los veinte y ocho personajes del mosaico no hay dos caballeros que peleen de ese modo.

Plutarco en la vida de Camilo, refiere que la batalla de Arbellas tuvo lugar en otoño. La batalla del mosaico se verificó durante el invierno, y en lo mas avanzado de él, como da fé de ello el árbol despojado de hojas.

Todos los historiadores refieren que Dario huyó en una yegua y desapareció al punto, gracias al polvo que levantaban los carros, los elefantes y los camellos. No hay en el mosaico mas que un solo carro, y este es el del rey; camellos y elefantes no se conocen.

No es, pues la batalla de Arbellas.

« El signor Carló Bonnucci asegura ser la batalla de Platea. »

Probemos que no es la batalla de Platea como no es la de Arbellas.

Segun la opinion del ilustrado arquitecto de las escavaciones, y recordaremos que este es el que ha descubierto la casa del Fauno, el gefe vencedor en el mosaico será Pausanias, rey de Esparta, y el guerrero azul seria Mardonio, yerno del rey de los persas; y el personage del carro seria Artabase, segundo gefe del ejército bárbaro.

Ciertamente nada mas cómodo que adherirnos á la opinion del señor Cárlos Bonnucci. Seguramente es este uno de los hombres mas instruidos que he encontrado, y ademas, de los mas amables que he visto. Pero en conciencia no podemos, por mas indignos que nos reconozcamos de cuestionar con un académico, dejarlo pasar asi.

1.º Mardonio no fué muerto por Pausanias, sino por Aimneste. Escuchad á Herodoto, que se explica terminante sobre esto: « Mardonio, dice, fué muerto por Aimneste, ilustre ciudadano de Esparta, el cual murió despues en una batalla contra los mesineses. »

2.º No solo no fué Pausanias quien mató á Mardonio de un lanzazo, sino que Mardonio, dice tambien el mismo Herodoto, no fué muerto de un lanzazo, sino de una pedrada.

3.º El guerrero del carro no puede ser Artabase, segundo gefe del ejército, puesto que antes de la batalla de Platea, hallándose en disidencia con Mardonio relativamente al plan de campaña, ni aun quiso asistir á la batalla; y habiendo sabido que la victoria habia sido favorable á los griegos, se retiró á Fócida con cuarenta mil hombres, que como él no habian asistido al combate.

4.º En fin, no puede ser la batalla de Platea, porque habiendo sido vencidos los persas antes de esa batalla en un encuentro en que perdieron á Manisto, uno de sus gefes, ordenó Mardonio que en señal de duelo todos los soldados de su ejército se cortasen sus cabellos y barba, y

que se cortasen las crines á los caballos y acémilas. Ven sino á Herodoto. «Habiendo vuelto al campo la caballería todo el ejército espresó el dolor que le causaba la muerte de Manisto, y Mardonio mas que ninguno. Asi los persas se cortaron las barbas y los cabellos, y cortaron las crines de sus acémilas, y exhalaban lamentos que resonaron en toda la Beocia; y era esto porque se veian privados de un personage, que despues de Mardonio era segun el parecer del mismo rey, el primero entre los persas.» Los caballeros persas del mosaico tienen toda la barba y los caballos sus crines.

No es, pues, la batalla de Platea.

«El señor Marchand, porque los franceses se han mezclado en esto como los demas, el señor Marchand, digo, asegura que es la batalla de Maraton.»

Desearía no tener que contradecir á un compatriota, y sobre todo á un compatriota tan ilustrado como el señor Marchand; pero se me acusaria de parcialidad si no probase que no es Maraton, como he probado no es Platea, Arbella, el Granico ni Issus.

Probemos, pues, que no es la batalla de Maraton, como no es la de Platea.

La batalla de Maraton, ganada por Milciades, fué perdida de parte de los persas, á mediar por Datis y Artafernes. El señor Marchand ve, pues, á Artafernes en el general montado en el carro, á Datis en el guerrero herido y á Milciades en el gefe vencedor.

Concederemos al señor Marchand lo que respecta á Artafernes, pero en conciencia no podemos pasarle ni Datis ni Milciades.

A Datis porque no fué ni muerto ni siquiera herido en esta ocasion, puesto que segun Herodoto, entregó á los vencedores despues de la batalla, la estátua de Apolo que les habia quitado algunos dias antes, y se retiró sano y salvo á Asia con el resto del ejército.

A Milciades porque tenia entonces cincuenta años, y el gefe vencedor del mosaico no representa mas que treinta.

En cuanto al árbol despojado de hoja, el señor Marchand ve en él sus geroglificos. En su opinion este árbol está allí para simbolizar la idea del historiador, que dice, que en Maraton los atenienses no fueron hombres de carne y hueso, sino hombres de madera.

Es, pues, nuestro parecer, á pesar del árbol simbólico, que no es esta la batalla de Maraton.

«El signor Luigi Vescorali pretende que es la derrota de los galos en Delfos.

Probemos que no es la derrota de los galos en Delfos, como no es la batalla de Maraton.

Segun el signor Luigi Vescorali los que acometian serian los griegos, el guerrero herido el breno ó general, y los soldados vencidos los galos. En cuanto al personage del carro, como el signor Luigi Vescorali no sabe quien representa, nada tenemos que decir.

En primer lugar no son aquellas las armas, ni el traje, ni la manera de combatir de los galos. ¿Dónde están los calzones de cuero? ¿Dónde los arcos con que lanzaban sus flechas con la rapidez del relámpago? ¿Dónde esos inmensos escudos que les servian de lanchas para atravesar los rios? Nada de esto hay en los vencidos del mosaico.

Pues ahora oid la relacion de Amadeo Thierry, relacion tomada de Valerio Máximo, Tito Livo, Justino y Pausaniás, y juzgad:

«Era entonces el otoño, y durante el combate, se habia formado una de esas tormentas repentinas, tan comunes en las altas cadenas de la Helade; estalló de repente, derribando en la montaña torrentes de lluvia y granizo: los sacerdotes y los adivinos del templo de Apolo se apoderaron de un incidente propio para herir la imaginación supersticiosa de los griegos. Con la vista estraviada y los cabellos erizados, como enagenado el juicio, se esparcieron

por la ciudad y entre las filas del ejército, gritando que el Dios había llegado. — Aquí está, decían, le hemos visto lanzarse á través de la bóveda del templo; se ha hendido bajo sus piés: dos vírgenes armadas, Minerva y Diana le acompañan; hemos oído el silbido de sus arcos y el choque de sus lanzas. Seguid al punto, ¡oh griegos! los pasos de vuestros dioses, si quereis participar de su victoria. — Aquel espectáculo, esos discursos pronunciados con el estrépito del rayo, al fulgor de los relámpagos, infundieron á los helenos un entusiasmo sobrenatural; vuelven á formarse en batalla y se precipitan con las espadas en lo alto sobre el enemigo. Las mismas circunstancias obraban no menos enérgicamente, aunque en sentido contrario, en las bandas victoriosas: los galos creyeron reconocer el poder de una divinidad, pero de una divinidad irritada. Repetidas veces hirió el rayo sus batallones y sus detonaciones repetidas por los ecos, producian tal estrépito á su alrededor que no oían la voz de sus gefes. Los que penetraron en lo interior del templo, sintieron el pavimento temblar bajo sus piés; fueron sorprendidos por un vapor espeso y mefítico que los consumia y les hacia caer en un violento delirio. Refieren los historiadores que en medio de este desórden se vieron aparecer tres guerreros de un aspecto siniestro, de una estatura mas que humana, cubiertos de antiguas armaduras, y que herian á los galos con sus lanzas. Los delfos reconocieron, segun se dice, las sombras de tres héroes, Hiperoco y Loodoco, cuyos sepulcros estaban inmediatos al templo, y Pirro hijo de Aquiles. En cuanto á los galos, un terror pánico los arrastró en desórden hasta su campo, al que llegaron con gran trabajo, sufriendo grande estrago sus filas por las armas de los griegos y la caída de enormes rocas que rodaban sobre ellos desde lo alto del Parnaso. »

He ahí la relacion de Amadeo Thierry, es decir, de uno de nuestros mas ilustrados y concienzudos escritores.

Ahora bien, ¿dónde está Delfos? ¿dónde el templo? ¿dónde el rayo? ¿dónde el dios airado? ¿dónde los tres espectros guerreros que combaten por los delfos? ¿dónde esas rocas que persiguen á los fugitivos rodando por las laderas del Parnaso? Nada de esto hay en el mosaico. No es, pues, la derrota de los galos en Delfos.

« El signor Filippo de Romanis asegura que era el encuentro de Druso con los galos, junto á la ciudad de Lyon. »

Probemos que no es el encuentro de Druso con los galos junto á la ciudad de Lyon como no es la derrota de los galos en Delfos.

Segun el signor de Romanis, el gefe vencedor representado en el mosaico es Neron Claudio Druso; el caballero herido un gefe galo; y el personaje del carro un bardo (1); en cuanto á los nombres del bardo y de los gefes, son tan bárbaros y tan difíciles de pronunciar los nombres galos, que el signor de Romanis no los indica ni aun con la mas pequeña inicial.

« El signor Romanis está por el proverbio que dice que el que emprende ciego por mal camino no parará hasta el fin; tratando de formular una opinion ha inventado una batalla: en efecto su batalla no tiene título como no tienen nombres su galo y su bardo. »

Desgraciadamente, á pesar de esa vaguedad tan favorable á las teorías sistemáticas, hay dos cosas positivas. La primera es que las medallas que quedan de Druso no se parecen en nada al gefe vencedor del mosaico. La segunda es que el pretendido bardo montado en el carro tiene un arco y no una lira. Bien sé que un arco es un instrumento de cuerda, pero dudo que jamás se sirvieran los bardos de un arco para acompañar su canto.

(1) Llamábanse bardos á los sacerdotes galos que cantaban los hechos de los hombres ilustres; significacion distinta de la que entre nosotros damos á esa palabra. *N. del. T.*

Temo mucho, pues, que el mosaico no represente el encuentro de Druso con los galos cerca de la ciudad de Lyon.

« El señor Pascuale Ponticelli dice que es la derrota de los egipcios por César. »

Probemos que no es la derrota de los egipcios por César, como no es la de los galos junto á Lyon.

Segun el señor Pascuale Ponticelli, el gefe vencedor es César, el guerrero herido Aquiles, el rey fugitivo es Ptolomeo.

Hay una imposibilidad muy sencilla para que no sea ninguna de esas personas.

El gefe vencedor en el mosaico representa treinta años próximamente, y en aquella época César tenia cincuenta y uno á cincuenta y dos.

El guerrero herido no puede ser el general egipcio Aquiles, puesto que el general egipcio Aquiles fué muerto á traicion antes de la batalla por el eunuco Ganimedes.

En fin, el rey fugitivo no puede ser Ptolomeo, puesto que Ptolomeo tenia en aquella época diez y siete años escasos y el rey vencido parece tener de cuarenta y cinco á cincuenta.

Verdad es que esto podía arreglarse si César cediese á Ptolomeo los veinte ó veinte y dos años que tiene de mas, pero todavía quedaria el desventurado general Aquiles, á quien no podríamos resucitar en conciencia por complacer al signor Pascuale Ponticelli.

Y no hablamos de los trages, que no se acomodan á los romanos del tiempo de César, ni á los egipcios del tiempo de Ptolomeo.

Pero acaso dirá el signor Pascuale Ponticelli: No es de la batalla de Alejandria de la que quiero hablar, sino de la segunda batalla que hizo á César señor de la monarquía egipcia.

A esto responderemos que en esta segunda batalla el rey Ptolomeo, que por otra parte no tenia sino algunos meses mas que en la primera, vestia una coraza de oro; puesto que cuando se le sacó del Nilo muerto y desfigurado, se le reconoció por aquella armadura.

Pues en la persona del rey fugitivo no hay la menor apariencia de esa coraza de oro, pieza muy importante para que el pintor no la dejase en el arsenal.

No es, pues, la derrota de los egipcios por César.

« El manqués Sarditi pretende que es la muerte de Sarpedon. »

Probemos que no es la muerte de Sarpedon, como no es la derrota de los egipcios por César.

Sarpedon tuvo dos encuentros con los griegos, es verdad; junto al haya sagrada, tambien es verdad; pero aunque hijo de Júpiter, Sarpedon no era afortunado en la guerra: en la primera, Sarpedon fué herido, en la segunda fué muerto.

Traduzcamos literalmente á Homero, y veamos si el asunto del mosaico se refiere para nada al uno ó al otro de esos dos encuentros de Sarpedon.

El primero de estos dos encuentros tuvo lugar con Tlepoleme, hijo de Hércules y nieto de Júpiter. Sarpedon era por consecuencia el tio de Tlepoleme. He aqui como el tio habla al sobrino:

« ¡Tlepoleme! Si Hércules destruyó á Troya, la ciudad sagrada, fué por castigar la perfidia del altivo Laomedon, quien pagó con palabras insolentes al que se habia portado tan bien con él, y le negó los caballos por que habia ido de tan lejanas tierras. ¡Pues bien! yo te digo que de mi mano recibirás la muerte y el negro infierno, y herido con mi venablo, me darás la gloria y tu alma á Pluton. »

Asi habló Sarpedon.

Ahora he aqui como respondió el sobrino al tio:

« Tlepoleme levanta su aguzado venablo, y los dos largos venablos de los guerreros parten de sus manos. Sarpedon lanza el suyo, y la punta va á herir á Tlepoleme en la garganta: la sombría noche de la muerte cubre sus ojos. Tlepoleme hirió á Sarpedon en el muslo con su largo venablo, y el impetuoso hierro separa las carnes y penetra hasta los huesos. Los amigos de Sarpedon le llevan lejos del combate; aun sostiene el largo y pesado venablo; ninguno de los que se oprimen á su redor se apercibe de ello, y no piensan en sacarle el mortífero acero para que suba á su carro: tanto se apresuran á separarle del peligro. »

El guerrero vencedor del mosaico está armado de una lanza y no de un venablo. El guerrero vencido no ha lanzado su venablo, sino que el dolor le hace dejar caer la lanza á su lado. Tlepoleme no está herido en la garganta, y Sarpedon está herido, no en el muslo, sino en el vientre; y la lanza, que no ha encontrado hueso que la detenga, atraviesa pié y medio al otro lado del cuerpo; además, como esta lanza puede tener doce piés de longitud, sería difícil que los amigos de Sarpedon no se apercibiesen de que por mas que sea hijo de Júpiter, el héroe debía padecer. Por otra parte, se apresuraban á hacer montar á Sarpedon en su caballo, y el guerrero herido del mosaico está á caballo.

Es evidente, pues, que el artista no ha podido tener la idea de representar este primer combate; pasemos al segundo.

En este, la lucha tiene lugar entre Sarpedon y Patroclo. He aquí como se espresa Homero. Pedimos nos dispensen nuestros lectores la sencillez de nuestra traducción literal; no se parece ni á la del príncipe Lebrun, ni á la del señor Bitaupe, pero no es nuestra la culpa.

« Cuando los dos guerreros se hubieron aproximado uno frente á otro, Patroclo acomete al esforzado Trasime-

le, el mejor escudero de Sarpedon, y lanzándole un dardo al vientre, le derriba en tierra. Sarpedon, acometiendo el segundo, lanza á su vez su aguzado venablo, y hiere al caballo Pedaso en la espalda derecha. El caballo exhala dolorosos relinchos, cae en medio de las riendas y muere: los otros dos se detienen, las varas crujen, y los caballos se enredan, porque Pedaso yace en medio de las riendas; Automedon saca su larga espada y corta los tirantes precipitadamente. Vuelven entonces á comenzar su peligroso combate: Sarpedon lanza de nuevo á su enemigo un venablo aguzado: el venablo roza el hombro izquierdo de Patroclo, pero no encarna; en fin, Patroclo lanza su dardo, el cual no parte inútilmente de su mano, y va á herir en el mismo sitio en que la pleura envuelve al corazón musculoso y lleno de vida. Sarpedon cae entonces cual una encina ó un pino derribado por los hombres en la montaña con cortantes hachas. »

Pues el combate del mosaico se parece todavía menos al segundo encuentro de Sarpedon que al primero.

¿Dónde está Trasimele, el mejor escudero de Sarpedon? ¿Dónde el caballo Pedaso, herido en la espalda derecha? ¿Dónde Automedon cortando los tirantes? ¿Dónde, en fin, Sarpedon herido en el corazón? A no ser que ya en tiempo de Homero pusieran los médicos el corazón á la derecha.

No es, pues, la muerte de Sarpedon.

« En fin, el signor Giuseppe Sanchez pretende que es un encuentro entre Aquiles y Hector. »

Probemos que no es un encuentro entre Aquiles y Hector, como no es la muerte de Sarpedon.

He aquí, según el signor Giuseppe Sanchez, el pasaje de Homero de donde el pintor ha sacado su asunto:

Ulises va á suplicar á Aquiles que olvide la injuria que le ha hecho Agamenon, pero Aquiles le despidió con acri-

tud, y recordando los servicios prestados á los griegos, dice:

« Mientras yo combatía con los griegos, Hector no se atrevió á luchar conmigo ni á aventurarse fuera de sus murallas; siempre permanecía á la puerta de Scée y bajo una haya; sin embargo, un día se atrevió á provocarme, y con dificultad pudo librarse de mis golpes. »

Pero os vemos venir, señor Sanchez.

No habeis querido elegir uno de los combates referidos por Homero. No. Homero poeta, pintor, historiador, Homero es muy conciso, describe con exactitud. Hubiese sido muy fácil, con Homero en la mano, refutaros. Habeis preferido acogeros á alguna cosa vaga, y pretendéis que el artista cogió al vuelo la baladronada al viento por la cólera de Aquiles, y con ella compuso un cuadro. Esto no es probable; pero no importa, admitamos vuestro aserto.

Es, pues, el encuentro de Aquiles y Hector cerca de la puerta de Scée.

En primer lugar, señor Sanchez, Aquiles tenia caballos de refresco. Tenia en aquella época á Xante y Dalio, hijos de Podarga y del Zéfiro, y por consecuencia inmortales; tenia ademas á Pedaso, que habia cogido en el sitio de Tebas, y que al decir de Homero, aunque era mortal, era digno de ser enganchado con sus dos divinos colegas.

Pero aunque Aquiles debia montar á caballo como un miembro del Jokey-Club ó como un palafrenero de Francóni, Aquiles no montaba jamás cuando se trataba de pelear. ¡Oh! los héroes como Aquiles tenian un carro, un Automedon para conducir ese carro, y en el fondo de él todo un arsenal de dardos y venablos. ¡Combatir á caballo! ¿por quién tomáis al divino hijo de Thetis y Peleo? Eso es bueno para gentualla; pero en el tiempo de Homero las personas de consideracion combatian en carro. Oid á Nestor:

« Contened vuestros caballos, dice, cuidad de que no introduzcan el desorden en nuestras filas; ninguno de vosotros se abandone á su fogoso ardor, ninguno salga de las filas para atacar al enemigo, ninguno retroceda; seriais muy pronto desordenados y puestos en derrota. Si alguno se ve obligado á abandonar su carro, para subir á otro, que no se sirva mas que de sus venablos. »

Ademas, si no lo llavais á mal, recordaré que Aquiles todavía tenia sus armas, puesto que Patroclo todavía no habia muerto. ¿Dónde está, pues, el inmenso escudo bajo el que se doblegaba el brazo de Patroclo? ¿Dónde el terrible casco cuya cimera sola ondeando, hacia huir á los troyanos? ¿En qué parte dice Aquiles que llevase descubierta la cabeza cuando Hector huyó delante de él? Ciertamente Aquiles no es bastante modesto para haber olvidado semejante circunstancia.

Pues el gefe vencedor del mosaico no puede ser Aquiles, puesto que aquel no está en el carro de Aquiles ni lleva sus armas.

Pasemos á Hector.

Hector está en su carro, es verdad; desgraciadamente el gefe vencido del mosaico no solo no tiene las armas de Hector, sino que ni aun tiene su edad.

¿Dónde ha visto el señor Giuseppe Sanchez que el elegante hijo de Priamo que disputa el premio de la belleza á París y el del valor á Aquiles, sea un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años? Francamente, aunque Homero no diga en ninguna parte la edad de Aquiles, todo lo que puedo hacer por el señor Sanchez es, conceder treinta años á Hector.

Ademas, y con perdon del señor Sanchez, yo he leído y releído la *Iliada*, y en ningun pasage de ella he visto que Hector se sirviese de un arco. París es el arquero de la familia, y Homero es demasiado hábil para establecer semejante comparacion entre los dos hermanos.

A Hector le faltan las armas ofensivas del hombre animoso, le faltan los dardos con que se bate á veinte pasos de distancia; le falta esa lanza con anillo de oro con que hiere á su enemigo acercándosele; le falta la espada con que lucha cuerpo á cuerpo.

Por otra parte, como arma defensiva, ¿dónde está aquel casco, regalo de Apolo, cuya cimera siembra el terror? ¿dónde está ese gran escudo que se echa á la espalda cuando se la vuelve al enemigo, y que le cubre todo el cuerpo? ¿dónde en fin, la coraza donde se hunde tan profundamente el venablo de Ajax, que desgarrá hasta su túnica.

Pues si el guerrero vencido del mosaico no tiene la edad de Hector ni sus armas, no puede ser Hector.

Resulta de aquí que si el uno no puede ser Hector y el otro no puede ser Aquiles, el mosaico debe necesariamente representar otra cosa que el encuentro de Aquiles y de Hector.

Perdónenme mis lectores, pero he querido examinar unas despues de otras las diez opiniones, para probar que es preciso no creer ciegamente en las teorías.

Ahora podría yo como los demas, presentar la undécima opinión, pero no daré este placer á los señores anticuarios italianos.

Les referiré únicamente la historia de un pobre loco que he visto en Charenton, y que no solo me ha parecido mas sabio, sino tambien mas lógico que ellos. Dábale la locura por creerse un gran pintor, y á su parecer acababa de ejecutar su obra maestra.

Esta obra maestra cubierta de un lienzo verde, era el paso del mar Rojo por los hebreos.

Os conducía ante la obra maestra, levantaba el lienzo verde y descubría un lienzo blanco.

— Ved, decía, ved mi cuadro.

— ¿Y qué representa? preguntaba el que le visitaba.

- Representa el paso del mar Rojo por los hebreos.
- Dispensad, ¿pero donde está el mar?
- Se ha retirado.
- ¿Y donde están los hebreos?
- Han pasado.
- ¿Y los egipcios?
- Van á llegar.

Decidme ¿los eruditos italianos que acabamos de citar, son tan sagaces y sobre todo tan lógicos como mi loco de Charenton?